

y mirando que encaraban para su canoa las ballestas y los arcabuces,—«No me tiren, dijo, que yo soy el rey de México «y desta tierra, y lo que te ruego es, que no me llegues a mi «mujer ni á mis hijos, ni á ninguna mujer ni á ninguna cosa «de lo que aquí tengo, sino que me tomes á mí y me lleves á «Malinche.»—Este es el lenguaje que le presta Bernal Diaz, que si no es culto, encierra copia de sentimientos generosos. Su entereza no fué desmentida cuando estuvo en la presencia de su vencedor.—«Señor Malinche, exclamó, ya yo he hecho «lo que estaba obligado en defensa de mi ciudad y vasallos, «y no puedo mas; y pues vengo por fuerza y preso ante tu «persona, toma luego ese puñal que traes en la cinta y máta- «me luego con él.»—En aquel momento podia decir con mayor verdad que el rey francés, que todo lo habia perdido menos la honra. Llevado al tormento para que descubriera sus tesoros, desplegó la estoica indiferencia de que los salvajes saben hacer alarde contra la saña de sus verdugos, y dejó á la posteridad las palabras que le arrancó el valor y no la tortura. Fué á morir muy lejos, en una tierra extraña, de una manera inmerecida é ignominiosa, en un rato en que el miedo hizo flaquear al conquistador. La nacionalidad azteca quedó sepultada en aquella ignorada tumba.

D. Hernando Cortés ha sido juzgado generalmente de una manera apasionada. Sus panegiristas han loado de una manera enfática sus prendas, mientras sus detractores no han encontrado palabras para abultar sus defectos. Aquellos y estos se han engañado, en mi concepto; el retrato del hombre tiene fuertes toques de luz y de sombra, y de haberlo visto solo bajo una faz han procedido tan encontradas opiniones. Si se quiere obrar con imparcialidad, dígase lo bueno y lo malo; D. Hernando rebajará un poco entonces, mas no por eso dejará de aparecer grande. Sáquesele á plaza su ingratitud con Diego Velazquez, su trato doble y falaz con las tribus, la perfidia cometida con Moteuczoma; póngase á su cuenta la matanza inútil de Cholula, el asesinato del monarca azteca, su sed insaciable de oro y de placeres; no se olvide que ahogó á su primera esposa D.^a Catalina Juarez, que cometió una villa-

nía al poner en el tormento á Cuauhtemoc, que perdió á su émulo Garay, que por conservar el mando se hizo sospechoso de la muerte de Luis Ponce y de Márcos de Aguilar; acúsele aún de lo demás que comprobado conste en la historia; pero entonces hágasele descargo de que fué político sagaz y capitán valiente y entendido; que dió cima á uno de los hechos mas asombrosos de los tiempos modernos; que acabada la guerra se dedicó á establecer una buena administracion, é introdujo en la colonia semillas y plantas útiles, la cria de animales, y planteó algunos ramos desconocidos en México; que fueron de suma importancia sus empresas agrícolas y mineras; que contribuyó mucho al conocimiento de la geografía de América con sus viajes así por tierra como por mar, y que merece bien de la ciencia por las naos que armadas de su cuenta recorrieron las costas de nuestros mares. Si expropió una raza, si la desheredó y la redujo á la servidumbre, dió principio con mejores elementos á otra nueva raza, que al llegar á independerse se encontró dotada con lo que nunca habia poseído la generacion maltratada. Desapareció la nacionalidad azteca; pero nació la nacionalidad mexicana, del consorcio de aquella y de la nacionalidad española. Si borró del mundo una civilizacion, la sustituyó con otra mas adelantada y perfecta. Solo elogios puede merecer por haber contribuído á derrocar una religion tenebrosa y sangrienta, para poner en su lugar las santas doctrinas del Evangelio.

De en medio de tan encontrados elementos veremos que la figura sombría y noble de D. Hernando se alza muchos codos sobre la estatura comun de la humanidad.

III

A fin de comprender la superioridad que los invasores tenían sobre los indígenas en materia de armas ofensivas y defensivas, vamos á ocuparnos en nombrar algunas de las que á nuestro país trajeron.

Panoplia, voz compuesta de las griegas *pan*, todo, y *oplia*, armas, ó como si dijéramos, conjunto de armas, significa hoy la armadura completa. Servía para las justas y los combates, se usaba únicamente por los ginetes, y el caballero que la vestía estaba de punta en blanco.

La armadura cubría completamente el cuerpo de cabeza á piés, y cada parte ó pieza llevaba un nombre diverso.

El yelmo defendía la cabeza, el rostro y el cuello; era de acero, y constaba de diferentes partes, unidas por muelles y goznes. La parte superior, que tomaba la forma redondeada de la cabeza, era el casco ó morrion; sobre él se alzaba la cimera, que tenía diversas formas y figuras, y que sustentaba de comun algun adorno. Este se decia airon, garzota ó penacho, y se componía de grandes plumas de aves, puestas en la parte posterior del morrion, y fijas en la pieza dicha cogotera, razon por la cual se llamaba tambien cogote al adorno. Algunas veces se cubría el casco con una pieza de tela que descendía en girones por detrás, á la cual se llamaba lambrequin.

El baberol cubría las quijadas, la boca y la barba; babera era la parte del baberol que defendía la boca, aunque en ocasiones se tomaba por el mismo baberol. El barbote era una especie de baberol trunco, supuesto que solo ocultaba la barba, dejando al descubierto la boca. Al conjunto de las piezas que cubrían la parte inferior de la cara, se le nombraba guardapapo.

Servía para defensa del rostro, de los ojos á la nariz, la visera, pieza movediza que á voluntad podía subirse á la frente ó bajarse á su lugar; para que en esta segunda posicion dejara libre la vista, la visera estaba provista de varias ranuras ó aberturas, que por la figura que presentaban tomaban el nombre de rejilla ó grilleta. Además de servir para la vista, la grilleta proporcionaba al caballero una libre respiracion. Visal es lo mismo que visera. Si la visera tenía aberturas para los ojos, señalada la nariz y con agujeros por donde respirar, tomaba el nombre particular de máscara: la visera se conocía tambien por la máscara del yelmo.

El gorjal rodeaba el cuello á manera de un corbatin; esta

pieza, que se asentaba sobre el peto y el espaldar, y aun á veces estaba fija en ellos, servía para completar el yelmo y para sostener este sobre la cota, á fin de que el peso no abrumara la cabeza: tambien se llamaba gola. Gorguera era la caída ó parte inferior de la gola que caía sobre el cuello del peto, y la gorjerina, especie de gorjal, hecha comunmente de mayas.

La cota y la coraza defendían el tronco del cuerpo; se usaron primero de correas anudadas unas con otras, despues de cuero ó baqueta fuerte, de mayas de hierro ó alambre grueso, y por último, de acero: era comun la costumbre de forrarlas por de fuera de brocado y otras telas exquisitas. La coraza entera se componía de dos piezas; el peto, que defendía el pecho, y el espaldar, que cubría la espalda: el peto ó el espaldar solos se decían una media cota ó coraza. El peto y el espaldar eran de una sola pieza cada uno, y ambos se ajustaban sobre el cuerpo, uniéndose en los costados y sobre los hombros y dejando en la parte correspondiente una salida para los brazos. A fin de que estos pudieran moverse y jugar, tenía un recorte con el nombre de escotadura.

Braceral ó guardabrazo es la armadura completa del brazo, compuesta de brafonera, codal y brazal: se llamaba tambien bracil. La brafonera ó brahonera cubría la parte superior del brazo, desde el hombro hasta el codo; el brazal, brazaletes ó avambrazo bajaba desde el codo á la muñeca de la mano; ambas estaban unidas por un gozne sobre la sangradera, y como dejaban descubierto el codo al doblarse el brazo, para llenar aquel vacío se usaba el codal, pieza cóncava y movediza á fin de que cumpliera bien su oficio. La parte inferior de la brafonera, donde se fijaba el codal, se llamaba codalera.

Las hombreras defendían los hombros en la parte donde se unían la cota y el braceral, y las sobaqueras cubrían la union de las hombreras para defender el sobaco; eran de ante ó de paño fuerte.

La defensa de la mano eran, el guante, de la misma forma de aquella, y de ante ó de paño muy gordo; el guantelete, guante de ante fuerte, guarnecido de escamas de hierro por la parte exterior; la manopla, especie de guante guarnecido

de escamas ó planchas de hierro, y con remates de lo mismo hácia la entrada ó parte superior.

Jubon en el traje mujeril significa corpiño; en el de los soldados era una vestidura que cubria desde los hombros hasta la cintura, y se llevaba ajustado al cuerpo: el jubon ojeteado era de maya de acero muy menuda, puesta sobre ante ó paño grosero. El farseto, de la palabra latina *farcio*, era una ropa interior que se ponía debajo de la coraza, á fin de que las piezas de hierro no hiciesen daño al cuerpo: era una especie de jubon colchado ó relleno de algodón, que cubria el cuerpo y los brazos. El colete tenía el mismo destino que el farseto, defender las carnes contra la armadura, y se ponía debajo de ella; pero de comun era de ante, y además de resguardar los brazos y el tronco, caía por debajo de la coraza hasta cerca de las rodillas: la parte á manera de faldas que quedaba por fuera, ó al descubierto, se llamaba faldar ó brial. También se nombraba brial el faldon de tela que los hombres de armas se ponían de la cintura hasta las rodillas. Si el jubon sobre el cual descansaba la armadura era de paño fuerte, se nombraba velmez. Gambaje, y en algunas crónicas antiguas españolas gambaj, era, como el farseto, un jubon colchado de lana ó de algodón, para debajo de las armas.

La pieza de la armadura que defendía el vientre se conocía por ventrera ó pancera. El mismo oficio tenía la escarcela, que caía de la cintura á los muslos; unas veces era de hierro fuerte en figura de campana, y otras se componía de abundantes tiras de cuero, bien solas, bien revestidas de escamas de hierro. De la misma especie era el tonelete, suerte de brial que se amarraba á la cintura y bajaba hasta las rodillas. El guardarren defendía los vacíos é iba unido de comun á la pancera.

En las piernas, los quijotes cubrían los muslos y hasta cerca de las rodillas; las grebas ó grebones de las rodillas á la garganta del pié, diciéndose esquinela á la parte delantera porque comunmente formaba ángulo ó esquina; la rodillera cubría la rodilla como el codal el codo, y finalmente, el evampié cubría el resto de los piés.

Guardarremo se decía en general á cualquiera de las piezas de la armadura de los brazos y de las piernas.

La armadura ó el arnés de los caballos, llamado barda, era de vaqueta ó de fierro, ó de ambas cosas, y le cubría la cabeza, el cuello, las ancas, el pecho y aun parte de las piernas. No entraremos á nombrar las piezas de que se componía, porque en América no fué su uso muy comun, sino sólo el de algunas, de que tal vez nos ocuparemos en adelante. El caballo cubierto con la barda se decía bardado ó encubertado.

La silla del caballo y la manera de cabalgar sobre él recibían diversos nombres. La silla gineta, semejante á la que hoy se usa entre nosotros, se diferenciaba de ella en tener los arzones mas altos y menos distantes, con los estribos cortos; los frenos eran recogidos. Montaba á la gineta la caballería ligera, y el caballero iba encogido, no pasando las piernas de la barriga del caballo, á la usanza morisca: esto se conocía por montar á la gineta. La silla brida tenía menos altos los borrenes, los estribos largos, y anchas las camas del freno; montaba á la brida la caballería pesada, y el jinete parecía quedar de pié: el caballo ensillado y enfrenado á la brida se llamaba bridon. La silla media entre la gineta y la brida, y al modo de andar en ella, se decía á la bastarda. La silla estradiota tenía borrenes en que encajaban los muslos, los estribos largos, y anchas las camas de los frenos; el jinete cabalgaba con las piernas extendidas: el soldado que montaba á la estradiota se llamaba estradiote.

Conocida parte de las armas defensivas, pasaremos á las ofensivas. El caballero iba comunmente armado de espada, puñal y lanza, no haciendo memoria de que entre nosotros se usaran el hacha y la maza de armas, el mangual ó azote de guerra, y otras semejantes. Todos saben lo relativo á la espada y á la daga, por lo que sólo diremos algunas palabras acerca de la lanza. La lanza gineta era corta, con el hierro dorado algunas veces, y una borla por guarnicion; la lanza estradiota se distinguía en que era muy larga. El cañon que forma la extremidad inferior del hierro de la lanza y sirve para fijarlo en el asta, se llama cubo; solía tener dos tiras de hierro hácia

abajo, que eran las orejas, y cada uno de los clavos con que el mismo fierro se aseguraba en el asta, se nombraba abismal. La lanza llevaba á veces la arandela, pieza fuerte de metal en forma de embudo, que se ponía cerca de donde empuñaba el hasta el caballero, para resguardo de su mano. El ristre era una piececilla de fierro que el hombre de armas se colocaba sobre el peto, en la parte derecha, para asegurar la lanza al ir á acometer con ella; enristrar la lanza era ponerla en el ristre.

Tendremos completamente armado y montado á un caballero, si embrazado en el brazo izquierdo le ponemos el escudo, destinado á los hombres de armas ó pesadamente armados; era de figura redonda, de fierro, ó guarnecido de fierro, con asas interiores para sujetarlo con brazo y mano; el pico saliente de fierro, que tenía en el centro por la parte exterior, era el pezon ó umbon. La caballería ligera usaba de la adarga, de forma oval, de cuero muy duro, y con dos asas por el interior para embrazarla; la adarga forrada de cuero de vaca, se decía bacarí.

«En las actas del capítulo que celebró la Orden de Calatrava en Madrid el año de 1552, se acordó que la Orden mantuviese trescientas lanzas, y que las armas fuesen *celada borgoñona, gola, coraza con su ristre y escarcelas largas, brazaletes, guardabrazos y guanteletes, y lanza de armas con fierro de punta de diamante.*» (Clemencin en sus comentarios al Quijote, tom. I, pág. 15.) Esto nos indica las piezas de la armadura que vestían aun los soldados en aquella época, y de ellas no hemos nombrado aún la celada. El mismo Clemencin asegura que:—«*Almete* es diminutivo de yelmo, y uno y otro venían á ser lo mismo que *celada*, la cual si era de *encaje* ó completa, entraba en la *babera* ó parte inferior, que cubría la boca y la barba, y descansaba en los hombros.»—La celada iba comunmente con visera; si dejaba la cara descubierta, por no tener la visera, se le decía *celada borgoñona*. Se usaba también llamarla borgoñota.

Los soldados de á pié no estaban tan pesadamente armados: la armadura comun para ellos se nombraba coselete, compuesto de peto, espaldar, gola, escarcela, brazaletes y celada. Lle-

vaba igualmente el nombre de coselete el soldado que servía en las compañías de arcabuceros y tenía por arma ofensiva una alabarda.

Para defensa de la cabeza existía todavía otra porción de objetos, de los cuales nombraremos el almofar, pieza de fierro sobre la cual se ponía el capillo de fierro; el capacete, que sólo defendía la parte superior de la cabeza; el barrete, con el mismo oficio del anterior; el capillo, especie de capacete; la capellina, el casco, el gocete, etc.

Para cubrir el cuerpo había la jaca, especie de cota de malla, llamada también camisa de malla; la jacerina, cota de malla muy fina; la coracina, ó coraza chica; el perpunte, especie de jubon colchado con algodón ó lana y respuntado, semejante á los jubones ojeteados; el camisote, especie de camisa de ante acolchado ó de malla de fierro, cuyas mangas llegaban hasta la muñeca de la mano; el plaquin—«especie de cota de armas, de malla ó de ante, compuesta de cuerpo y de mangas anchas y redondas, y parecida á nuestras dalmáticas. Diferenciábase de la cota de armas comun en ser mas larga, y de la tinicla en ser más estrecha por la cintura.»—La loriga, hecha de láminas pequeñas de acero, que caen unas sobre otras á modo de escamas, etc.

Las rodelas y los broqueles pertenecían á la infantería. Las primeras eran circulares, y ambas se fabricaban de fierro ó de maderas fuertes, guarnecidas de fierro, teniendo por el lado posterior una sola asa. El broquel, además, tenía una cubierta de ante, encerado ó baldés, y una cazoleta de fierro hueca á fin de que la mano pudiera empuñar el asa ó manija. El pavés, de figura oblonga, cubría casi todo el cuerpo de quien lo llevaba.

Réstanos decir algunas palabras acerca de dos de las principales armas ofensivas de aquella época, la ballesta y el arcabuz.

Había varias especies de ballestas. La ballesta comun, que servía generalmente á los soldados de á pié dichos ballesteros; la ballestilla ó ballestin, muy ligera y portátil; el balleston ó ballesta mural ó de muralla, que solo se podía manejar apo-

yándola sobre el muro; la ballesta de bodoques, etc. La ballesta era—«arma para disparar flechas ó saetas. Usase también para disparar bodoques. Es un palo de cuatro á cinco palmos de largo, y en el remate un arco flexible de acero, en el que atraviesa de punta á punta una cuerda, fuerte, que traída violentamente á un disparador que está en medio del palo, despide con gran fuerza, al dispararse, la flecha ó el bodoque.»

Ahora bien: el palo sobre que estaba armada la ballesta de mano se llamaba también tablero, cureña, fuste, y tenía una guarnición de hierro nombrada quijeras; llevaba dos piezas de hierro, nombrada cada una fiel, de las cuales la una estaba embutida en el tablero y quijeras, y la otra fuera de ellas, lo bastante para que rodaran sobre ellas las navajas de la gafa cuando se armaba la ballesta. El disparador ó nuez en que se armaba la cuerda era un hueso labrado de la parte del nacimiento de los cuernos del venado, que por fuerte y duro era preferido para ello. La parte del tablero de la nuez abajo era la rabera; en la cabeza del mismo tablero iba una sortija ó argolla de hierro con el nombre de estribo. El instrumento con que se tiraba de la cuerda para armarla en la nuez era el armatoste ó la gafa; y las navajas de la gafa, los hierros de ésta que hacían fuerza sobre los fieles del tablero: así, engafar era tirar de la cuerda con la gafa para montarla en la nuez. Empulgueras eran los agujeros de los extremos del arco donde se fijaba la cuerda; desempulgar, quitar la cuerda de las empulgueras.

La ballesta de bodoques ó trabuquete servía para disparar bodoques. Estos eran unas pelotas de barro, hechas en un molde y endurecidas al aire. El molde se llamaba bodoquera, y turquesa porque la inventaron los turcos. Decíase también bodoquera á—«una especie de escalerita de cuerda de vihuela que se forma en medio de la cuerda de la ballesta; la cual cuando se arma abraza el bodoque, que se pone encima como en una caja, y le tiene sujeto para que no se caiga ni tuerza.»

La saeta ó virote que se disparaba con la ballesta, así como todas las de su especie, se componía de una vara ó astil; uno de los extremos estaba armado con el hierro ó casquillo,

y el extremo opuesto tenía amarradas ó fijas de otra manera unas tiras pequeñas de cartón ó de pergamino, ó de plumas, que se conocían con los nombres de aleta, oreja ó voladera.

La aljaba era una caja ancha por arriba y angosta por abajo, que servía para llevar las flechas; el interior estaba formado de nichos ó huecos, cada uno de los cuales se llamaba cachucho, y contenía una flecha. El carcax se diferenciaba de la aljaba en que el interior no tenía divisiones y las flechas iban sueltas. El carcax ó aljaba en que se llevaban las saetas, se decía goldre. Linjavera se hace sinónimo de carcax y de aljaba.

El arcabuz era arma de fuego semejante á nuestros fusiles actuales; se diferenciaba en que el cañón era más largo, de mayor calibre, sin bayoneta, y se disparaba por medio de una cuerda encendida que estaba fija en el serpentín. La cazoleta no estaba cubierta con el rastrillo, sino con una pieza que se movía horizontalmente y servía para impedir que se derramara la pólvora puesta allí; el serpentín, semejante al martillo de nuestras actuales armas de percusión, estaba colocado después de la cazoleta, de modo que la curvatura quedaba vuelta á la cara del tirador: en el extremo superior del serpentín se colocaba la mecha ó cuerda encendida, y tirando del gatillo, la punta inflamada de la cuerda se acercaba á la ceiba y le daba fuego. Tenía el arcabuz el defecto de ser muy pesado y por lo mismo poco manuable; para atender á este defecto, el arcabucero llevaba el forcon ú horqueta, palo delgado y cilíndrico armado de un regatón en un extremo, por el cual se hincaba en la tierra, y un hierro en figura de media luna por el otro extremo, destinado á sostener el arcabuz en el acto de apuntar ó encarar el arma.

IV

El ejército que vino á la conquista de México se reclutó entre los vecinos de la isla de Cuba, de orden de Diego Velaz-